

LA BATALLA DE RANCAGUA

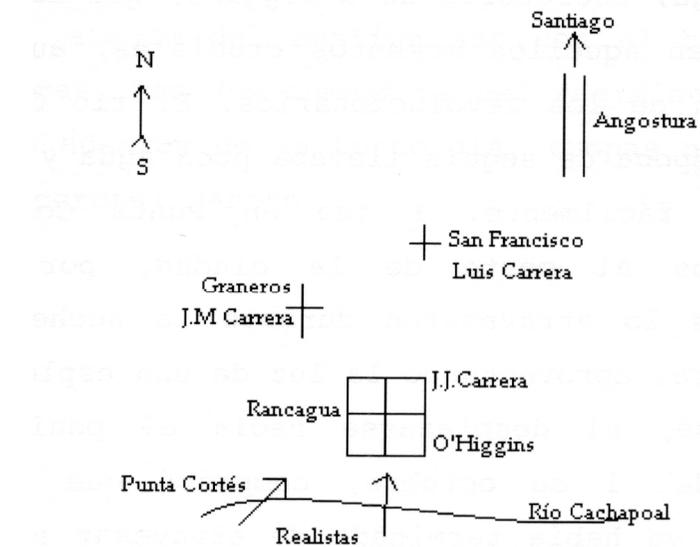
O'Higgins desconfiaba profundamente de Carrera. Y Carrera desconfiaba profundamente de O'Higgins. Sin embargo, tras la obligada reconciliación de ambos provocada por el avance de las tropas de Osorio, y después del espectacular recorrido que hicieron por cada uno de los regimientos patriotas para demostrar la unión de las fuerzas armadas chilenas, era necesario diseñar una estrategia común frente al enemigo. El ejército chileno disponía, en el papel, de algo más de 4000 hombres, pero esta cifra no correspondía a la potencia militar de las tropas, en su mayor parte sin experiencia y mal armadas. Menos de un mes antes de la batalla de Rancagua, O'Higgins se lamentaba de que sólo 672 fusiles podían ser utilizados. Los restantes, a la espera de una hipotética reparación, no funcionaban. El ejército realista, en cambio, contaba con más de 5000 soldados bien disciplinados, repartidos en 4 divisiones: la vanguardia, compuesta de 1452 hombres y equipada con 4 cañones; la primera división con 1400 soldados y 4 cañones; la segunda, con 1050 soldados y también 4 cañones; y la tercera, con 950 hombres y 6 cañones. De esas 5000 plazas, 4352 eran de infantería, 500 de caballería y

150 de artillería, encargadas de maniobrar los 18 cañones. La gran superioridad de las fuerzas de Osorio era consolidada por la presencia de varios batallones de élite: los temibles Talaveras, dos compañías del Real de Lima y los Húsares de la Concordia.

El cónsul-embajador de los Estados Unidos, Joel Robert Poinsett, había aconsejado a Carrera que el ejército se atrincherara en Angostura de Paine, entre Santiago y Rancagua, donde las cordilleras de la Costa y de los Andes casi se tocan, reduciendo el valle central a menos de 100 metros de ancho. O'Higgins estuvo tentado de seguir esta recomendación, pero la posibilidad de que las tropas de Osorio evitaran Angostura pasando por los cerros de Aculeo o por la cuesta de Chada, lo hicieron rechazarla. Para él también para Carrera, lo mejor era impedir al enemigo que atravesara el río Cachapoal, inmediatamente al sur de Rancagua o, en el caso de que esto fuera imposible, contenerlo en la ciudad misma, mientras en Santiago se reforzaba la resistencia. Ciertamente, Osorio hubiera podido dejar de lado a Rancagua y avanzar directamente hacia la capital, pero aquello exponía su ejército a ser atacado por detrás y cogido en tenaza por Carrera y O'Higgins, riesgo tácticamente inaceptable.

A última hora, el ejército patriota fue organizado en 3 divisiones: O'Higgins, al mando de la primera, dotada de 1155 plazas y 6 cañones, se preparó a defender la línea del río Cachapoal, reservando a Rancagua, según lo previsto, como base de retaguardia. Hizo levantar trincheras en forma de bastión en las calles que se cruzan en la plaza y puso a resguardo en ella una parte de sus municiones, apenas algo más de 20.000 cartuchos, muchos de los cuales estaban húmedos. Carrera, por su parte, había nombrado a Juan José como comandante general de la segunda división, compuesta de 1860 hombres y armada de 6 cañones, dándole la orden de situarse en las proximidades de Rancagua. Con su otro hermano, Luis, se reservó el mando conjunto de la tercera división, dotada de 900 hombres y cuatro cañones, que iba a estacionarse en San Francisco de Mostazal y en Graneros, entre Angostura y

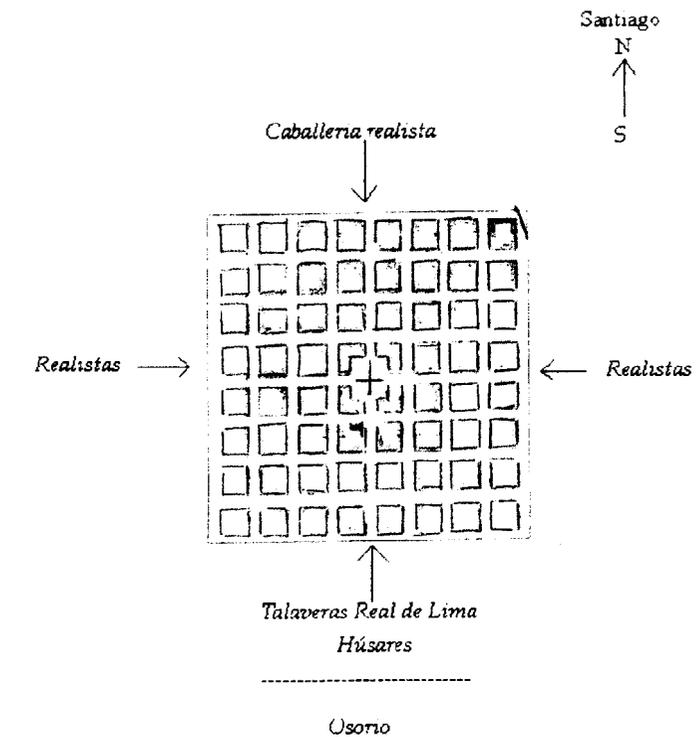
Rancagua. En realidad, de todos esos hombres la mayoría eran milicianos. Los soldados de línea no superaban los 2000.



José Miguel, temiendo un desastre ineluctable, había despachado a Santiago en la mañana del 1 de octubre, poco antes de que se iniciaran los combates en Rancagua, a su ayudante José Samaniego con instrucciones selladas para el concejal Julián Uribe. Según éstas, los santiaguinos debían seguir las recomendaciones del cónsul de los Estados Unidos para preparar -desde ya- el repliegue de la tercera división y de los regimientos de Valparaíso, hacia el norte del país. Aquel mensaje iba acompañado también de algunas palabras para tranquilizar a su juvenil y recién desposada consorte, Mercedes de Fontecilla, así como a su hermana, Javiera Carrera, y al resto de su familia.

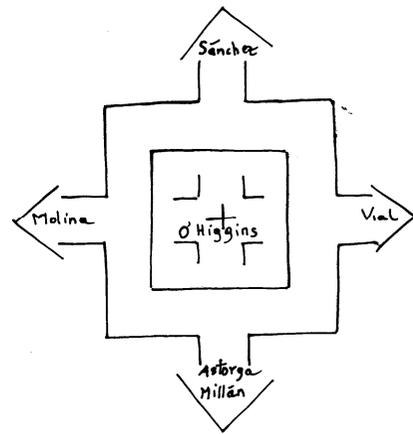
La incertidumbre de los jefes patriotas era total dado su desconocimiento del verdadero potencial de Osorio y de la táctica que emplearían los realistas. Y la traición del teniente-coronel Bulnes y del sargento-mayor Vega, secretario de O'Higgins, que se pasaron al enemigo en aquellos momentos cruciales, aumentaron la confusión de los revolucionarios. El río Cachapoal en aquella época de sequía llevaba poca agua y era posible vadearlo fácilmente. Y fue en Punta Cortés, a 10 kilómetros al oeste de la ciudad, por donde los realistas lo atravesaron durante la noche del 30 de septiembre, aprovechando la luz de una espléndida luna. Juan José, al desplazarse hacia el poniente en la mañana del 1 de octubre, comprobó que el ejército realista ya había terminado de atravesar el río y que por su número y calidad de armamento era muy superior a su débil división. Se refugió entonces en Rancagua, donde poco después iba a reunírsele O'Higgins quien, tras algunas escaramuzas al borde del Cachapoal, también prefirió atrincherarse en la plaza. Rancagua, prevista primero como base de retaguardia, se transformó en el fortín donde los patriotas iban a resistir la embestida del ejército enemigo.

Osorio ordenó a su caballería situarse al norte de la ciudad para impedir una eventual escapada de los patriotas hacia Santiago, e hizo colocarse a los batallones Valdivia y Chillán en el perímetro urbano, a cuatro cuadras del bastión septentrional de la plaza. El asedio de la trinchera oriental se confió al coronel Montoya y a los dos batallones de Chiloé. Y, en las mismas condiciones, con sus respectivos cañones, hizo instalarse frente al bastión occidental a los batallones de Concepción y de Castro. Finalmente, desde su cuartel general situado en una quinta en el camino hacia el río Cachapoal, en las afueras de la ciudad, preparó el ataque del bastión sur con el batallón de los Talaveras, las dos compañías del regimiento Real de Lima y los Húsares de la Concordia, tropas que puso al mando del coronel Maroto.



Mientras tanto Juan José Carrera, cuya participación en la batalla no dejaría ninguna huella de heroísmo, había transferido su mando a O'Higgins, quien asumiría la entera responsabilidad de la defensa de la plaza y de sus cuatro trincheras, cada una dotada de 3 cañones. La del norte quedó al mando del capitán José Santiago Sánchez, la del este al mando del capitán Hilario Vial, la del poniente bajo la férula del capitán Francisco Javier Molina y la del sur, la más importante, bajo el mando de los capitanes Astorga y Millán. 700 fusileros y

artilleros defendían los bastiones. El resto de los soldados se concentró en la plaza misma, custodiando el depósito de municiones, los caballos y los víveres, listos para entrar en acción en las trincheras que así lo requirieran. O'Higgins instaló su cuartel general cerca de la iglesia de la Merced, en cuyo campanario hizo izar la bandera chilena, al igual que en los bastiones, enseñas ornadas por sendos crespones negros destinados a señalar al enemigo que los revolucionarios patriotas combatirían hasta la muerte.



O'Higgins era consciente de la gran inferioridad de sus fuerzas, pero mantenía una pequeña esperanza de victoria, pues era él quien imponía al adversario el campo de batalla. Desde que atravesó por primera vez Santa Cruz de Triana en 1803, al dirigirse a su hacienda de Las Canteras, había observado que la urbanización de la ciudad tenía algo especial. Quizás su propia formación humanística en la cual el dibujo, la pintura y la arquitectura habían ocupado un lugar importante, o tal vez el prestigio legendario de su padre, Don Ambrosio, talentoso urbanista y fundador de numerosas ciudades en Chile, fue aquello que lo hizo fijarse en el plano de Rancagua, desarrollado geométricamente en 64 cuadrados a partir de la cruz central de la Plaza de Armas. En todo caso, intuyó que la plaza podía transformarse en una fortaleza a la vez diminuta e

inexpugnable, desde donde sería posible disparar con fusiles y cañones en las cuatro direcciones geográficas, copando todo el horizonte al enemigo. A la vez, lo obligaba a dividirse en 4, mientras que sus propias fuerzas se reunían en un solo bloque capaz de enfrentar, casi de igual a igual y simultáneamente, a las divisiones enemigas así separadas. Además, el pueblo mismo de Rancagua podía aportar su ayuda material y moral a los soldados patriotas, contribuyendo a disminuir el enorme desequilibrio inicial entre los dos ejércitos, algo imposible en una batalla en campo abierto o en un sitio como Angostura. La elección de Rancagua era, entonces, perfectamente justificada desde un punto de vista militar, tanto más cuanto la tercera división, dirigida por José Miguel Carrera, podía atacar ventajosamente al ejército realista, imposibilitado para formarse rápidamente en línea. Todo dependía de la resistencia de O'Higgins y de las pérdidas causadas al enemigo que, suficientemente debilitado, habría tenido que replegarse, exponiéndose a ser perseguido por las tropas sitiadas, reunidas a las de Carrera.

La batalla comenzó hacia las 10 de la mañana de ese primer día de octubre, azul, tibio y perfumado por la brisa primaveral. Los niños, las mujeres y los ancianos rancagüinos ya se habían refugiado en las iglesias, mientras los hombres se preparaban para ayudar al ejército patriota en lo que pudieran, sin imaginar la espantosa violencia que iba a desatarse. El primer avance realista dejaría perplejos a los revolucionarios por la arrogancia fanfarrona de los españoles, señal de que aquel combate se desarrollaría de una manera insólita, casi como una pieza de teatro, como un drama en el cual el escenario era la propia plaza de la ciudad: Osorio, creyendo intimidar a O'Higgins y convencido de obtener el fácil desbande de las fuerzas revolucionarias, dispuso que los Talaveras marcharan detrás de las banderas y estandartes del Imperio, acompañados por el ritmo de los tambores y con el arma al brazo.

Pasada la estupefacción frente a lo que parecía más un alarde temerario, desbordante de desprecio, que una acción de guerra, O'Higgins dio el orden a fusileros y artilleros de hacer fuego. Los Talaveras, alcanzados por las

descargas, cayeron por decenas antes de retirarse corriendo hacia el cuartel general. Osorio, que descansaba confiado en un veloz desenlace, sufrió un ataque de pánico, pues días antes había recibido un contradictorio mensaje del virrey Abascal pidiendo el retorno urgente del regimiento de los Talaveras, requeridos en el frente del Alto Perú. Su desobediencia podía costarle un juicio de guerra y su exclusión del ejército. Confuso, se apoyó en la ciega valentía del coronel Barañaño, criollo de obediencia realista quien, para impresionar con su arrojo a los maltrechos Talaveras, lanzó sus Húsares de la Concordia contra la trinchera sur gritando "¡Así se pelea en América!". O'Higgins, Astorga y Millán no podían dar crédito a sus ojos: decenas y decenas de jinetes levantando sus lanzas embanderadas con los colores del Imperio, se precipitaban hacia los fusiles y cañones del bastión. Una descarga de metralla hirió gravemente a Barañaño y destrozó a las primeras líneas de jinetes y caballos, que se amontonaron a lo largo de la calle, revueltos en la sangre, los gritos y los relinchos. El trompeta de los Húsares sonó la retirada y cesó el combate.

Osorio, oficial mediocre pero mal que mal aguerrido, reconoció que su desprecio de la capacidad y valentía del ejército revolucionario había sido un error. Cambió pues, de táctica, e hizo emplazar sus cañones en trincheras improvisadas con líos de charqui, adobes, vigas y muebles, frente a los bastiones chilenos. A las dos de la tarde de un día más y más caluroso, se reanudó la batalla, esta vez por los cuatro costados de la ciudad. El bastión occidental, comandado por el joven capitán Molina, estuvo a punto de ceder, pero O'Higgins, a la cabeza de 150 infantes de reserva retirados del centro de la plaza, ahuyentó a la bayoneta a los realistas. Lo mismo hicieron los capitanes Vial y Sánchez en las trincheras norte y oriental. Osorio creyó la batalla perdida. Sin embargo, aconsejado por sus oficiales, ordenó un asalto a través de las casas, de los techos y de los patios interiores. La resistencia imprevista de los habitantes, que lucharon cuerpo a cuerpo con los asaltantes, contuvo el ataque. Llegó el anochecer y las armas se silenciaron, obligadas por la oscuridad.

O'Higgins reunió a sus capitanes. Era evidente que habían causado grandes pérdidas al enemigo y que éste se encontraba desconcertado tanto por el ardor de los soldados revolucionarios, como por la valentía del pueblo rancagüino. La victoria era tal vez posible, a condición de que la tercera división, estacionada ahora a sólo 7 kilómetros al norte de la ciudad, se desplazara durante la noche y sorprendiera al alba a la caballería realista. Dos posibilidades se abrían a una maniobra que hubiera aprobado el mismísimo Napoleón Bonaparte: sea Osorio, abrumado y asustado por el número imprevisto de bajas, daba la orden a su ejército de repasar el Cachapoal para reorganizarse más allá del río, sea la caballería realista que sitiaba la trinchera norte se arriesgaba a ser cogida entre dos fuegos, los de O'Higgins y Carrera, y se dispersaba permitiendo a los hombres sitiados reunirse con la tercera división. Las fuerzas patriotas así reagrupadas, podían perseguir y deshacer al ejército enemigo. Se envió entonces un emisario furtivo a Carrera con un mensaje de O'Higgins: "Si vienen municiones y carga la tercera división, todo es hecho". A lo cual Carrera respondió con el mismo mensajero, de regreso a la plaza a las 2 de la mañana: "Municiones no pueden ir sino en la punta de las bayonetas. Mañana al amanecer hará sacrificios esta división". Por desgracia Carrera, admirador de los fastos de Napoleón, no fue capaz de imitar su habilidad militar, el estilo de sus ataques relámpagos a una hora y en un sitio donde el adversario no lo esperaba. La tercera división no se movió durante la noche y fue tardíamente, cerca del mediodía, cuando comenzó a acercarse a Rancagua.

Mientras tanto los realistas tuvieron el tiempo de reorganizar el acoso de los asediados, esta vez ayudados por una nueva traición en el bando patriota, que se sumó a las de Bulnes y Vega: Juan Manuel Echaurren, ex-jefe patriota de la ciudad vecina de San Fernando, se reunió con Osorio y se ofreció para cortar el abastecimiento de agua de Rancagua, cuyos canales y compuertas conocía detalladamente. Al llegar el día 2 de octubre, los revolucionarios descubrieron que no sólo se habían quedado sin agua para beber, sino también -y esto era para ellos lo más grave- sin agua para refrescar los cañones. En esas condiciones los encontró el cuarto asalto enemigo, lanzado hacia las 8 de la

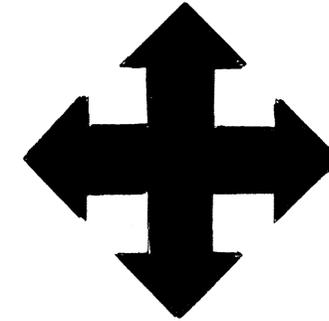
mañana. O'Higgins, que constantemente pedía informaciones al vigía apostado en el campanario de la Merced para atisbar la llegada de la tercera división, consiguió rechazar una vez más a los realistas, pese a que las municiones comenzaban a escasear y a que el hospital de sangre, improvisado por los habitantes en un rincón de la plaza, estaba repleto de heridos y moribundos. Un nuevo asalto –el quinto desde el inicio de la batalla el día anterior- empezaba a desarrollarse, cuando el vigía de la Merced dio a gritos la buena nueva: una nube de polvo se divisaba en la zona norte, donde se esperaba el arribo de la tercera división. Era mediodía y O'Higgins, sus oficiales, toda la tropa y los pobladores de la ciudad creyeron en la proximidad de la victoria. Osorio, de nuevo presa del pánico de ver destrozadas a las tropas de élite de la Corona, convocó a sus coroneles y capitanes y les comunicó su decisión de retirarse al sur del Cachapoal. La batalla estaba en ese momento virtualmente ganada por los revolucionarios.

El coronel realista Quintanilla disuadió a Osorio de emprender la retirada. Durante la mañana había confirmado que las informaciones aportadas por los traidores Bulnes y Vega a propósito de la gran debilidad de la división comandada por José Miguel Carrera, eran exactas. Pidió, entonces, autorización para atacar a los milicianos que se habían acercado por el norte y, en menos de dos horas, consiguió dispersarlos y hacerlos huir. En verdad, si Carrera no tenía la habilidad militar de Napoleón, tampoco tenía el empuje y la valentía de O'Higgins, quien había conseguido ganar combates, en principio perdidos, únicamente gracias a su destreza como jinete, a la fuerza de su brazo y al ímpetu que conseguía transmitir a sus soldados. José Miguel, temiendo caer prisionero de los realistas, escapó hacia Santiago prácticamente sin enfrentarse con el enemigo, seguido en desorden por sus milicianos. Para él, aquélla era la mejor de las decisiones pues anticipaba la retirada de los restos del ejército chileno hacia Coquimbo, y la fuga de la población civil hacia Argentina. Por otra parte, el abandono de O'Higgins a la derrota y a la muerte, lo liberaba, definitivamente, de toda lucha ulterior por el poder en Chile.

El vigía de la Merced gritó: “¡Ya corren, ya corren!” A las preguntas incrédulas de los sitiados, respondió: “¡Escapa la tercera división!” O'Higgins comprendió que esta vez la batalla estaba ineluctablemente perdida y que sólo le quedaba como posibilidad vender cara la derrota. En esos instantes su mayor preocupación era el estado anímico de sus hombres, fatigados tras treinta horas de combate, hambrientos y sedientos, la cara y los labios tiznados de tanto disparar. Sabía que los Talaveras no les darían cuartel y que los matarían sin piedad a golpes de bayoneta o disparándoles a quemarropa. Una a una visitó las cuatro trincheras arengando a los soldados, instándolos a resistir hasta la muerte: “¡O vivir con honor o morir con gloria!” Ése era el lema con el que había atravesado todas las batallas de la Patria Vieja, hasta llegar a aquel postrer combate, el más sangriento, el más terrible. Pese a todo, un gran orgullo lo animaba, un orgullo que transmitía a sus hombres extenuados: por primera vez desde que Chile combatía contra el Imperio, las fuerzas patriotas habían hecho temblar a un ejército numeroso y bien organizado. Los revolucionarios habían aprendido a luchar y, si se salvaban en número suficiente, podrían derrotar en el futuro a las huestes realistas mejor preparadas.

A media tarde se produjo el último ataque comandado por Osorio. El calor arreciaba, el humo y el fuego de un incendio provocado por los españoles empezó a propagarse desde la periferia de la ciudad hacia la trinchera sur. Aun así, los capitanes Ibáñez y Maruri consiguieron rechazar una vez más a los Talaveras y, persiguiéndolos hacia el cuartel general enemigo, les arrebataron una culebrina. Aquel botín no sirvió de gran cosa pues, a falta de agua para enfriar los cañones, las cargas de pólvora explotaban antes de que los artilleros consiguieran encender las mechas. El fuego se extendió hasta la plaza y una chispa hizo saltar con una inmensa explosión el depósito de municiones. A partir de entonces era imposible continuar la lucha. O'Higgins reunió a los oficiales que quedaban vivos y entre todos tomaron una decisión inverosímil: abrir el bastión norte, saltar a caballo por encima de las tropas realistas y alcanzar hasta Santiago para organizar la resistencia.

Como antes O'Higgins frente a los Talaveras que avanzaban al son de los tambores con el arma al brazo, Osorio ni ninguno de sus oficiales podía imaginar una operación parecida, simplemente porque desde un punto de vista militar aquello equivalía a un suicidio colectivo. Rancagua estaba ahora enteramente rodeada por los realistas y escapar de la plaza de Armas era imposible. O'Higgins lo sabía, pero decidió con los capitanes Freire, Astorga y Molina que para los intereses de la causa revolucionaria era mejor intentar aquella loca escapada. Siguiendo sus órdenes, se formó una columna de unos 500 hombres a caballo. Y para confundir al enemigo, se lanzaron en tropel hacia la trinchera norte todas las mulas, cabalgaduras y ganado disponible. Entretanto, el abanderado José Ignacio Ibieta, con el brazo derecho quebrado y con el izquierdo enarbolando la bandera de Chile, se dirigía hacia el bastión sur. A su vez, el capitán Luis Ovalle y el coronel Bernardo Cuevas marchaban hacia sus propias trincheras para cubrir, como fuera posible, la retirada. Aquel acto de heroísmo, destinado a despistar a Osorio, les costaría la vida, pero dio el tiempo necesario a la columna de O'Higgins para intentar la evasión. Como se había previsto, el tropel de animales sorprendió y asustó al enemigo. Los patriotas, aprovechando aquel desconcierto, saltaron con sus cabalgaduras por encima de soldados, bayonetas y cañones, dirigiéndose luego al galope hacia el ángulo noreste de la ciudad, antes de tomar el rumbo de la capital. Detrás quedaba Rancagua en llamas, 700 patriotas muertos y 500 heridos, mezclados a los cadáveres de centenares de realistas. La noche de aquel día 2 de octubre de 1814 puso término definitivo a la batalla, considerada por Osorio -en su falaz parte oficial de la contienda, donde reconocía como pérdidas en sus filas sólo tres muertos- una gran victoria del Imperio. Pero O'Higgins, mientras cabalgaba hacia Santiago, intuía que su heroica derrota y la abnegación ejemplar de sus soldados y del pueblo de Rancagua eran -como el futuro y la historia de Chile lo probarían- una victoria simbólica, el punto de partida del triunfo definitivo de la Revolución chilena.



*“¿Adónde vas?”, preguntó la Historia.
 “A Chile”, respondió la Gloria.
 (Palabras escritas en el pizarrón del Colegio Patria,
 Kindergarten del barrio El Llano, Santiago, 1946)*

LA BATALLA DE LA MONEDA

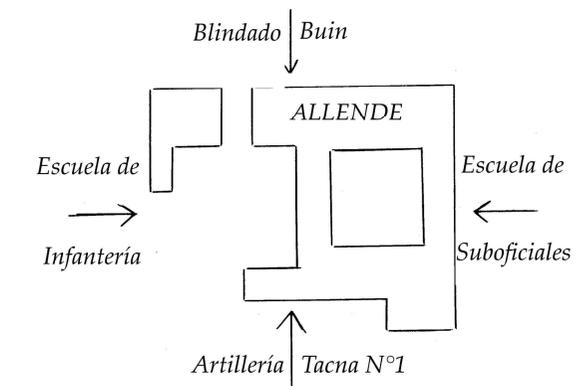
La Unidad Popular, fiel a la Constitución y por ello casi desarmada, disponía para defender a La Moneda de menos de cincuenta hombres, en su mayoría provistos de armas ligeras, aparte de seis ametralladoras y tres bazookas. El ejército pinochetista, pesadamente armado, contaba con los tanques Sherman del regimiento blindado N°2 Buin, los batallones de la Escuela de Infantería, los tiradores de élite de la Escuela de Suboficiales y el regimiento de artillería N°1 Tacna. La superioridad de las fuerzas comandadas por Pinochet, que no había tenido ningún escrúpulo en traicionar su deber constitucional, era consolidada por la presencia de un enjambre de helicópteros provistos de ametralladoras y de cohetes, encargados de neutralizar a los pocos combatientes de la Unidad Popular apostados en las terrazas y azoteas de los edificios circundantes.

El embajador de los Estados Unidos, Nathaniel Davies (que regresaba de un viaje relámpago y furtivo a Washington entre el 6 y el 8 de septiembre, destinado a ultimar los detalles del golpe) había aconsejado a los dirigentes de la derecha que se mantuvieran quietos en sus casas, donde el comando unificado de los golpistas chilenos y de los estadounidenses los mantendría informados del desarrollo de las operaciones. Siguiendo la

tradición imperialista, Washington había cuidadosamente coordinado con los fascistas chilenos los ejercicios navales que, bajo el nombre de "Unitas", se realizaban periódicamente entre las flotas de guerra de los Estados Unidos y las de América Latina, con el objetivo ficticio de proteger al continente de un supuesto ataque soviético. En realidad, no se trataba de defender a Chile de una imaginaria agresión militar extranjera, según lo anunciaba apocalípticamente Agustín Edwards Eastman (el director y propietario del diario *El Mercurio*, considerado por Kissinger como uno de los más devotos secuaces del imperialismo de los Estados Unidos), sino de impedir que la revolución socialista triunfara en Chile como había triunfado en Cuba. Al respecto, la hipocresía de Henry Kissinger y del director de la CIA, William Colby -los cerebros que definieron las grandes líneas del golpe de Estado contra la Unidad Popular Chilena- sólo podía compararse con el cinismo del presidente Richard Nixon, que había ordenado la organización del golpe en los días inmediatamente posteriores a la victoria electoral de Salvador Allende.

A las 8 de la mañana del 11 de septiembre, Allende comenzó a organizar la defensa patriota. Se desplazó de un lugar a otro por los pasillos de La Moneda, metralleta en mano y protegido por un casco. Ordenó que se escogieran los lugares más seguros para resistir a los eventuales bombardeos aéreos e hizo calcular la cantidad de agua y de alimentos disponibles. Al mismo tiempo, pidió a sus médicos y a las enfermeras que prepararan el pabellón quirúrgico e hizo llevar las ametralladoras pesadas y las bazookas a los puntos claves para la defensa del cuadrado que delimitaba el sector presidencial del edificio. La Moneda, el señorial palacio de gobierno, inmenso y macizo edificio rectangular construido a fines del siglo XVIII por orden de don Ambrosio O'Higgins, se redujo así a un fortín donde los patriotas iban a resistir la embestida del ejército fascista. La incertidumbre de los jefes patriotas era total, dado el desconocimiento del verdadero potencial de Pinochet y de la táctica que emplearían los golpistas. Y la traición del general de carabineros César Mendoza, que se pasó al enemigo poco antes, aumentó la turbación de los revolucionarios.

Pinochet, cómodamente instalado en su cuartel general de Peñalolén, en las afueras de Santiago, ordenó al general Javier Palacios el ataque y la toma de La Moneda. Según la táctica definida con los consejeros militares estadounidenses, los tanques Sherman del regimiento blindado Buin ocuparon la explanada de la plaza de la Constitución, en el flanco norte del edificio gubernamental, mientras que los batallones de la Escuela de Infantería se desplegaban en la calle Agustinas, al oeste del palacio, cerca del hotel Carrera. En el flanco este, a lo largo de la calle Morandé, frente al N°80, la puerta de acceso secundario a la presidencia, se instalaron las tropas de la Escuela de Suboficiales. Finalmente, se confió el ataque del flanco sur al regimiento de artillería N°1, Tacna, uno de los más poderosos de la capital. Mientras tanto, sobre La Moneda volaban en un vaivén incesante los helicópteros de la Fach, la fuerza aérea chilena, comandada por el general traidor Gustavo Leigh.



LA MONEDA

Allende continuaría asumiendo sin vacilar la entera responsabilidad de la defensa del palacio. Sus ministros y asistentes más fieles – el periodista Augusto Olivares, el sociólogo catalán Joan Garcés, los hermanos Tohá, Daniel Vergara, Osvaldo Puccio, Carlos Briones y Jaime Barrios- entre otros colaboradores que habían conseguido llegar hasta La Moneda antes de que se cerrara el cerco militar, lo secundaban con un fervor y una valentía inverosímiles. El Presidente parecía transfigurado por la misión histórica que le tocaba cumplir: defender la Constitución republicana y el gobierno legítimo de la Unidad Popular, democráticamente elegido en las urnas. Por eso, cuando el general Ernesto Baeza le telefoneó a su despacho, en nombre de la Junta fascista, para proponerle un avión con destino a Cuba en el caso de que se rindiera, Allende respondió con una tajante negativa. Más aun: a través de la radio del palacio –La Voz de la Patria-, todavía utilizable, confirmó su decisión ante el pueblo chileno: *“No renunciaré. No lo haré. Hago presente mi decisión irrevocable de seguir defendiendo a Chile. Señalo mi voluntad de resistir, a costa de mi vida, para que quede la lección que coloque ante la Historia a los que tienen la fuerza pero no la razón...Como generales traidores que son, no conocen a los hombres de honor...”* Poco después pudo lanzar por radio Magallanes, antes de que ésta fuera acallada, un último mensaje:

“... En este momento definitivo, el último en que yo puedo dirigirme a ustedes, quiero que aprovechen la lección: el capital foráneo y el imperialismo unido a la reacción, crearon el clima para que las Fuerzas Armadas rompieran su tradición, la que les enseñara el general Schneider y reafirmara el comandante Araya, víctimas del mismo sector social que hoy está en sus casas esperando reconquistar el poder mediante manos ajenas, para seguir defendiendo sus granjerías y privilegios... En nuestro país el fascismo ha estado presente desde hace ya largos momentos en los atentados terroristas: volando puentes, cortando las vías férreas, destruyendo los oleoductos y los gaseoductos, frente al silencio de quienes tenían la obligación de impedirlo. ¡Estaban suciamente comprometidos! La historia los juzgará. Seguramente Radio Magallanes será acallada y el metal tranquilo de mi voz ya no llegará a ustedes. No importa. La seguirán oyendo.

Siempre estaré junto a ustedes. Por lo menos quedará mi recuerdo: el de un hombre digno, que fue leal a la Patria. El pueblo debe defenderse, pero no sacrificarse. El pueblo no debe dejarse arrasar ni acribillar, pero tampoco puede humillarse. Trabajadores de mi Patria: tengo fe en Chile y en su destino. Otros hombres superarán este momento gris y amargo en que la traición pretende imponerse. Sepan que –mucho más temprano que tarde- de nuevo se abrirán las grandes alamedas por donde pasará el hombre libre para construir una sociedad mejor. ¡Viva Chile! ¡Viva el pueblo! ¡Vivan los trabajadores!” Aquellas palabras extraordinariamente emotivas, eran como enseñas ornadas por crespones negros, destinadas a señalar a los fascistas que los revolucionarios patriotas combatirían hasta la muerte.

Allende era consciente de la gran inferioridad de sus fuerzas, pero mantenía una pequeña esperanza de victoria, pues era él quien imponía al adversario el campo de batalla. Desde que comprendió que el golpe de Estado era ineluctable, tomó la decisión de atrincherarse en el palacio de gobierno, símbolo de la República de Chile y respetado por todos los demócratas. Discutiendo unos minutos con sus colaboradores en el Salón de la Independencia, rodeado de algunas de las reliquias de Bernardo O’Higgins (entre ellas el Acta de la Independencia, firmada por la propia mano del prócer tras la victoria contra el Imperio español), reafirmó que La Moneda, además de oponer a los golpistas su valor simbólico y moral, podía transformarse en una diminuta fortaleza donde sería posible resistir disparando en las cuatro direcciones geográficas, hostigando y rechazando a un enemigo muy superior. El Presidente sabía que los oficiales leales a la Constitución –entre ellos el general Prats, el almirante Montero, el general de aviación Bachelet y varios otros más- podían rebelarse contra los oficiales traidores y arrastrar con ellos a buen número de soldados de origen popular. Todo dependía, entonces, de su propia resistencia y de las pérdidas causadas al atacante que, desconcertado, hubiera tenido que retroceder, dando el tiempo necesario a las tropas patriotas para llegar hasta La Moneda y, tal vez, permitir a los trabajadores acudir en masa

hasta el palacio. Durante un momento conjeturó incluso que Eduardo Frei, asustado por un golpe castrense más brutal y sangriento que lo previsto, podía cambiar de rumbo y venir en su ayuda para detener la agresión fascista.

En realidad, la posición de Frei ya se había consolidado antes del golpe de Estado. El ex-presidente de Chile y jefe supremo de la Democracia Cristiana, había terminado por plegarse a los deseos de Washington: unido al partido Nacional y a sus líderes más reaccionarios –Bulnes, Jarpa, el propio Jorge Alessandri- y vigorosamente apoyado por Edwards y *El Mercurio*, había hecho aprobar en el Congreso una condenación explícita del gobierno de la Unidad Popular, acusado de violar la Constitución. Pese a que un puñado de dirigentes demócrata-cristianos patriotas -Leighton, Tomic, Huepe, Aylwin hijo, entre otros- denunciaron aquella ominosa falacia, los militares fascistas vieron en ella la luz verde que los autorizaba a desencadenar el golpe de Estado. Frei creyó que como pago recibiría el poder en cuanto se organizaran nuevas elecciones presidenciales, prometidas para poco después. La garantía de que Nixon, Kissinger y los generales traidores cumplirían su promesa, era la presencia entre ellos de sus antiguos edecanes, los generales Bonilla y Arellano Stark. La ilusión, entonces, de un giro patriótico postrero de la parte de Frei, iba a desaparecer como aquella polvareda dejada por la tercera división de Carrera, cuando decidió abandonar a O'Higgins en el sitio de Rancagua, en 1814.

La batalla de La Moneda comenzó hacia las 10 de la mañana de ese 11 de septiembre casi primaveral, cuando los habitantes del Barrio Cívico, entre ellos los periodistas estadounidenses alojados desde el día anterior en el lujoso hotel Carrera y en la embajada americana, contigua al hotel, se habían parapetado detrás de las ventanas preparándose para asistir a una espectacular pieza de teatro, sin imaginar la horrible violencia que iba a desatarse. Vieron asomarse los tanques Sherman del regimiento blindado Buin, que tomaron posición en las bocacalles de la plaza de la Constitución, mientras desde el sector sur comenzaron los tiros del regimiento de artillería Tacna. Pinochet, siempre guarecido en Peñalolén y alejado de todo peligro, pretendió intimidar a

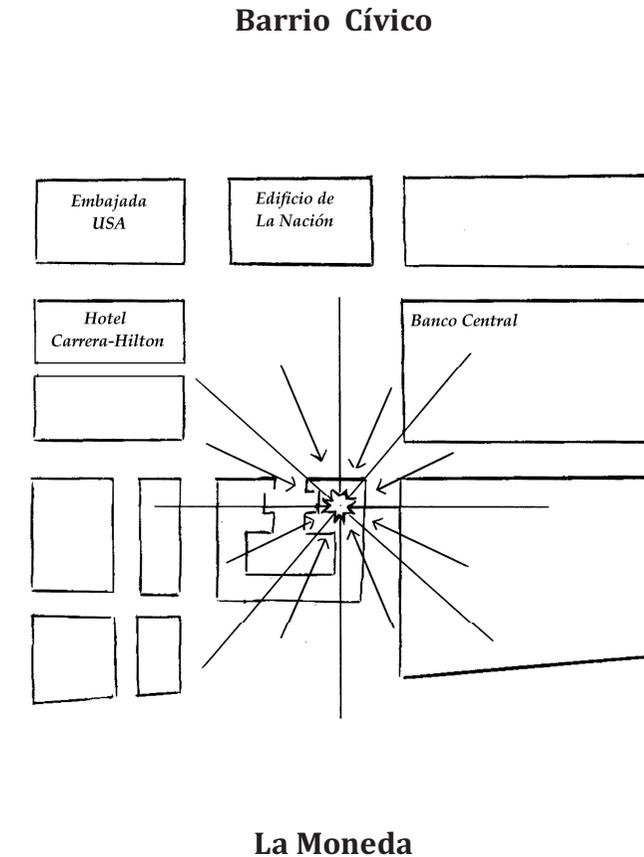
Allende con la aplastante superioridad de sus fuerzas. Así, convencido de obtener el fácil desbande de los revolucionarios, dispuso que las tropas de élite de la Escuela de Suboficiales entraran sin más tardanza en el palacio a través del pórtico de la calle Morandé. Pasada la estupefacción frente a lo que parecía más un alarde temerario, desbordante de desprecio, que una acción militar, Allende dio la orden a sus hombres de hacer fuego. Los suboficiales cayeron por decenas antes de retirarse corriendo, abandonando varios muertos. Pinochet, que descansaba confiado en un veloz desenlace, sufrió un ataque de pánico pues acababa de recibir un mensaje pidiendo la rápida consecución del golpe e insistiendo en la necesidad de evitar bajas entre los asaltantes. Su ineficacia podía costarle un juicio de guerra y su exclusión del ejército. Confuso y atemorizado, ordenó que se lanzara a los Sherman contra la fachada norte de La Moneda. Los periodistas alojados en el Carrera, no daban crédito a sus ojos: al primer descalabro de los pinochetistas en la calle Morandé, siguió el rechazo de los blindados, uno de los cuales fue alcanzado por un tiro de bazooka y abandonado en llamas en la esquina de la calle Moneda. Pinochet, furioso, reconoció que su desprecio de la capacidad y valentía de los patriotas revolucionarios había sido un error.

Los estadounidenses, que seguían minuto a minuto desde sus navíos de guerra, frente a Valparaíso, el desarrollo del golpe, comprendieron que el riesgo de un fiasco era real. Cambiaron pues, de táctica, y en vez de seguir apoyándose en la estulticia de Pinochet, dieron la preferencia al general de aviación, Gustavo Leigh. Puesto que Allende no quería rendirse y dado que los defensores civiles de La Moneda parecían más hábiles que los militares fascistas, se iba a proceder al bombardeo aéreo el palacio. Que aquel edificio fuera uno de los más hermosos monumentos arquitectónicos de la América española, no les importaba en medida alguna. Lo importante era aplastar y liquidar definitivamente al gobierno de la Unidad Popular.

El bombardeo fue programado a partir de las 11 de la mañana, a una hora en que las tropas de infantería y de artillería ya se habían escondido

para evitar las bombas. Allende, aprovechando aquella falsa tregua, había logrado convencer a las mujeres que resistían junto a él -entre ellas sus hijas Beatriz e Isabel y su fiel secretaria, Payita- de que abandonaran el palacio. En ese momento no sabía que su residencia de la calle Tomás Moro, donde había dejado a su esposa, Hortensia Bussi, también iba a ser arrasada por la aviación. Sin embargo los minutos pasaban y no se avistaban los aviones. Pinochet, histérico, gritando con su voz de gallina clueca, pedía explicaciones y reclamaba a la Fach que atacara además a los patriotas que seguían diezmado a sus soldados desde las azoteas del Barrio Cívico. Leigh, cuyo apellido sajón había impresionado a Nixon al extremo de pedir a Kissinger que se lo nombrara jefe de la Junta fascista, creyó llegada su oportunidad. Por desgracia para él, los caza-bombarderos Hawker-Hunter que debían despegar desde la ciudad de Concepción, 500 kilómetros al sur de Santiago, habían sido demorados por un grupo de mecánicos, reacios a llenar los estanques de combustible. Aquel percance sería solucionado a punta de fusiles y el ataque aéreo iba por fin a comenzar, a una hora cuando los periodistas se agrupaban en el bar del hotel Carrera para tomar el aperitivo de mediodía. Allí los sorprendió el estruendo de la primera pasada de los aviones a reacción.

Los cazas llegaron desde el sur y, tras una vuelta de reconocimiento, describieron una amplia curva que los situó al norte de la ciudad. El objetivo -un gran rectángulo amarillo limitado por dos vastas explanadas y encerrado entre dos hileras de edificios grises- era relativamente fácil para los pilotos, quienes habían ensayado el ataque en una base de la USAF, ayudados por simuladores electrónicos. Aun así, era indispensable que ningún cohete estallara fuera del perímetro señalado y se desviara hacia la embajada o hacia el hotel Carrera, repleto de periodistas no sólo americanos, sino venidos de todo el mundo para asistir y retransmitir la rendición de Allende y sus ministros. El ejemplo de Chile debía servir de advertencia al resto de las naciones sometidas al Imperio. La Casa Blanca no podía permitir la independencia de un Estado como el chileno, pues aquello era abrir la puerta a la independencia del resto de América Latina.



Los periodistas ya estaban en sus puestos de observación cuando los cazas se aproximaron a baja altura y dispararon los primeros cohetes, que alcanzaron con precisión el Patio de Invierno, en el centro del cuadrado del sector presidencial. Los vidrios de ese sector se pulverizaron y se desplomó el techo en medio del humo y de las llamas. Los cazas repetirían la maniobra ocho

veces entre las 11:52 y las 12:12, hasta que el majestuoso palacio, orgullo de la nación chilena, se transformó en una gigantesca hoguera. Los periodistas de la televisión estadounidense se preguntaron por dónde iba a escapar el Presidente de Chile y se inquietaron ante la dificultad que tendrían para filmar a través de las columnas de humo. ¿Cómo convencer al mundo de que el golpe de Estado había sido técnicamente limpio y admirable, según se habían comprometido a informar?

Allende, como la mayoría de sus colaboradores, no fue alcanzado por las bombas. Quizás el espesor de los muros, tal vez la solidez de los sótanos donde se refugiaron durante el bombardeo, les permitió levantarse con vida en medio de los escombros y de las llamas. Por el momento, su mayor preocupación era el estado anímico de sus hombres, fatigados por horas de combate, hambrientos y sedientos, la caras tiznadas por el humo y los disparos. Sabía que los fascistas no les darían cuartel y que probablemente los matarían a todos, sin piedad. Siempre metralleta en mano, el Presidente recorrió uno a uno los rincones del palacio en llamas, arengando a sus combatientes, instándolos a resistir hasta la muerte: “¡O vivir con honor o morir con gloria!” Ese había sido el lema de O’Higgins, inscrito en el Salón de la Independencia, ése era el lema que lo había guiado hasta aquel postrer combate, el más sangriento, el más terrible. Pese a todo un gran orgullo lo animaba, un orgullo que transmitía a sus hombres extenuados: las frágiles fuerzas patriotas habían hecho temblar a una coalición de tropas numerosas y bien armadas.

Entretanto el calor arreciaba, el humo y el fuego del incendio provocado por los bombardeos seguía propagándose. Se dirigió entonces con su escolta a la sala de armas de los carabineros, que habían desertado y huido de La Moneda antes de la llegada de los Hawker-Hunter. Hizo volar la puerta con una granada y recuperó decenas de máscaras antigases que repartió entre todos, así como el resto de las municiones que quedaban en el recinto. Luego, para combatir el incendio, pidió que se abrieran todas las llaves y grifos de agua en estado de funcionar. Aún era posible, según él, resistir algunas horas, como

seguramente lo estaban haciendo los trabajadores de las poblaciones obreras de la capital.

Con esa intención pidió a su secretario, Osvaldo Puccio, que saliera para parlamentar con los generales traidores y ganar tiempo. Por su parte Pinochet, cerca de las 13:00 horas, creyendo que tras el bombardeo aéreo la resistencia estaba terminada, ordenó atacar La Moneda simultáneamente por los cuatro costados. Pero el flanco oriental, el de la calle Morandé no cedía. Uno de sus defensores, el joven de veinte años Antonio Aguirre Vásquez, miembro de la guardia personal del Presidente, disparaba sin cesar con una ametralladora pesada punto 30, barriendo de balas la calle y causando numerosas bajas a los atacantes. Cuando al fin fue silenciado, encontraron sobre su cuerpo ocho impactos de bala y sobre su cara, una sonrisa. Aún vivía.

Los pinochetistas se negaron a parlamentar con Puccio y sus acompañantes. Un nuevo ultimátum fue lanzado a Allende y a los defensores de la Unidad Popular que continuaban resistiendo. Leigh, siguiendo las instrucciones de Kissinger para evitar que la resistencia se transformara en una lección de heroísmo, altamente peligrosa para la imagen de los Estados Unidos en el resto del mundo, ofreció nuevamente al Presidente un cuatrimotor DC-6 y sacarlo indemne del país con toda su familia. Pinochet comentó riendo: “Que suban al avión y cuando vayan volando, el avión se cae...” Pero Allende no aceptó el tramposo ofrecimiento. Poco más tarde, al comprobar que el incendio del palacio seguía extendiéndose, amenazando a los resistentes con morir abrasados por las llamas, comprendió que era imposible continuar la lucha. Reunió a los hombres que quedaban y les rogó, en nombre de la Patria y de la Unidad Popular Chilena, que salieran por el pórtico de Morandé 80, agitando una bandera blanca. Serían más útiles vivos que muertos. Augusto Olivares, su gran amigo, no lo escuchó: entró en un baño cerca del pórtico y se disparó un balazo en la sien.

Cuando los generales fascistas vieron aparecer la columna precedida por una bandera blanca, estallaron de satisfacción. Ciertamente, como lo reconocería el propio general Palacios, la victoria había sido obtenida con un número de bajas muy superior al de los resistentes patriotas, pero, al igual que la destrucción de La Moneda, eso no tenía para ellos gran importancia. ¿El monumento simbólico de la República chilena no podía, acaso, ser reconstruido y transformado en un hotel de lujo, como el Hotel Carrera-Hilton y llamarse a su vez, en aras de la modernidad y de la amistad hacia los Estados Unidos, Hotel O'Higgins-Hilton? Solamente un nubarrón amenazaba con afejar el triunfo. Los periodistas no conseguían ubicar a Allende en la columna que había salido de La Moneda. Un comando de élite penetró en el edificio con la orden de capturar al Presidente y arrastrarlo vivo delante de las cámaras de televisión. Pero Allende no se rendiría. Rodeado de sus últimos seguidores, se dirigió al Salón de la Independencia. Allí pidió que se apartaran. Se sentó con solemne serenidad en el sillón presidencial sosteniendo en una mano el Acta de la Independencia firmada por O'Higgins y, en la otra, la metralleta que le había regalado Fidel Castro. "¡O vivir con honor o morir con gloria!", exclamó en el momento de dispararse una ráfaga de balas, con el cañón de su arma apoyado en la barbilla. El Presidente constitucional de la República murió con la certeza de que su heroica derrota era -como el futuro y la historia de Chile seguramente lo probarían- una victoria simbólica, el punto de partida del triunfo definitivo de la Revolución chilena.

FIN DEL TOMO I

ALGUNOS PROTAGONISTAS DE LA PATRIA VIEJA

(1810 - 1814)